

El vals de los buitres negros

Se te olvida que hasta puedo hacerte mal si me decido, escuché en la radio mientras me arreglaba. Pantis rojas y tacones negros, ajustados como si fuesen mi traje de pantera. Abusos y poder de sus sombras son mi frontera. Ajusto mi peluca negra en el espejo. Esta noche seré hija de la roja muerte, me digo. Me engaño, y finjo que soy una reina de piedra, dura como quien me crió y me enseñó a ser hija y amante, ama y esclava. Son sus brazos de marfil a quien me entrego, que corta cada pedazo de realidad en mi. Hija soy; del abismo del sistema, en quien me he hundido para bailar desnuda entre diablos sin cara.

“¡Es hora del Show!” me dice mi jefe entre tragos, y me balanceo con mis tacones de aguja, mientras suena *Save a prayer*. Éxtasis y tacones soy, y me deslizo junto a mi juicio y sentido de la realidad embriagados. ¿Se puede ser ama y esclava a la vez? En las noches soy yo reina del tablero, una pantera que se mueve en diagonal y destrona de frente a quienes reinan de día. Y por las mañanas soy una mujer infantil, que añora un padre. Pero la infancia se tiñe con la noche, y busco con quien bailar.



La furia come mis mañanas, y no soy de compartirlas. Pero el mes de Julio tiene un espacio reservado en mi paladar. Supe que mi vulnerabilidad era estacional, cuando lo llamé el primero de Julio, sin antes haber invitado a ningún diablillo a mi piso.

Julio, un hombre de inviernos y cigarrillos. Vestido de trajes largos y pálido como la muerte. Nuestra relación, es como la muerte, me dije. Pensé que era de aquellos lúgubres buitres, que merodean en busca de presas cómo yo. Y si soy sincera, recuerdo aquel tormento con sed. Érase una mañana de Abril, en donde tenía mis crisis de primavera. Recuerdo haber despertado con migraña y él, junto a mí, curaba algo en sus manos con alcohol.

“¿Qué haces acá?” Le dije indignada.

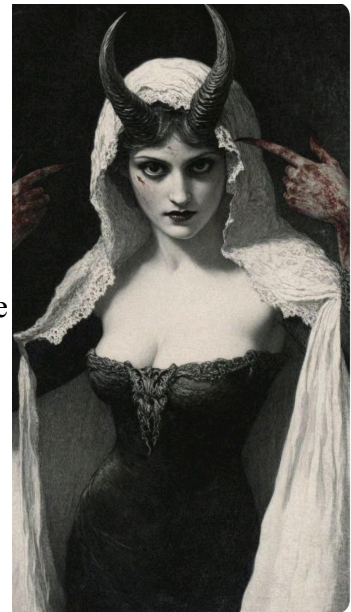
“¿No recuerdas nada?”

Vacilé un momento, y miré sus manos, con parches azules. La noche de esa primavera, nuestros dialectos se torcieron, se envenenaron; se mezclaron entre el fuego del cigarrillo y nuestras manos. Érase, yo, tú, y mi melancolía primaveral. Dos amantes torcidos, perversos. De esos que bailan con el diablo para probar su amor. Toma el fuego de mis labios y hundelo en lo más recóndito de tu alma, para probar, que al menos, conoces lo que yo.

Prueba la manzana conmigo, y descubriremos el placer del dolor. Aquel, que es perverso, y que embriaga el amor sano. El placer perverso, es lo que yo deseo. Aquel, que solo tú y yo conocemos.

Esa noche primaveral, intenté quitarme la vida en su casa. El diablo nos fundió en su dialecto, cuando te reproché, no conocer el dolor verdadero. Y tú, con el cigarrillo en la mano, lo invitaste a pasar. Recuerdo aquella pintura de Monet y su noche nevando, incendiándose junto a ti.

Había sido culpa de la melancolía de las estaciones, te dije. Pero tus manos ya estaban marcadas conmigo de por vida. Perdí el conocimiento y despertaste conmigo, en mi casa. Después, nunca más te vi, y la melancolía desvaneció.



Suena *Atomic* de *Blondie*, y recuerdo. Son mis uñas largas y rojas, las que guardan lo que vi. Aquel día, que yo atormentada volví a tu casa. Debo admitir, que mi mente optó por pensar que esa no fue la última vez. Pero los somníferos me ayudan a olvidar lo que vi. Solo recuerdo, tú y yo, sangría y calma, entre dialectos suaves y llantos, una humanidad desconocida para mí.

Recuerdo aquel día, tú y yo, dos infantes desnudos, bailando con las sombras. Se me acabaron los cigarrillos, y yo orgullosa, te pregunté si me querías acompañar a comprar más. Se te olvida que yo también puedo bailar con el diablo, te dije, y me reí. Tú, niño solaz, sonreíste confundido y me seguiste. Recuerdo que captaste mi señal, y como dos diablillos fuimos a la gasolinera a robar.

Yo, pobre y recatada, distraendo al vendedor, y tú, torpe ave en cortejo, te tropezaste. El vendedor te persiguió y yo, espantada, tomé una revista y corrí para que me persiguiera a mí.

Nos recostamos en la cama, y miramos la revista que robé. Era de aves, y tú, hombre de plumas negras, aparecías en ella.

“Sabes” te dije, y me observaste con esos dulces ojos tuyos.

“Yo pensé que eras un buitre” te dije, y me reí

Enfadado, me preguntaste por qué. Yo te dije, que pensé que eras como los demás. Pero un buitre negro es un amigo fiel, aquel que es compañero. Aquel que es carroñero con faz de compartir, de proteger. Y que en las sombras, vive con su manada. Mi dulce buitre, te digo, porque yo, te he mostrado mi infierno, y tú, decidiste ver mi infancia.

A veces, cuando te transformas en un señuelo, y la vida se embriaga de poesía marginal, opto por ser una infante. Y a veces, cuando peino mis suaves sedas, deseo ser así por la eternidad, y destruir en quien me he convertido. Deseo dentro de mí, que tú y yo, seamos los infantes del barrio. Nos imagino en un piso solaz, en donde lamemos las heridas que nosotros mismos nos hemos provocado, y que tal vez, todo cambie. Pero me miro, embriagada en esos ojos tuyos, y me digo orgullosa, que el *show* debe continuar.

Porque soñar trae consigo sufrimiento, y yo no soy una mujer que pueda saborear de los placeres sanos. Me he condenado yo misma, lo admito. Pero es que nadie había mirado una orquesta cuando mostré nada más que espinas. Me da miedo que haya sido una quimera alucinación.

Y ese primero de julio, el tormento volvió, el que pensé que había enterrado en abril. Ese mes que llamará por siempre su nombre, aunque no sepamos del otro. Tenía yo su número, pero no sabía nada más de él. Nada más él, tiene tatuado ese evento en su mano. No me escribas poesía en las noches, guárdatela para la mañana, nos vemos, y corte el teléfono. Lo traté con recelo, reprochando todo el tiempo que no oí de él. Le dí mi nueva dirección, pero me espanté. Érase mi humanidad un personaje, y ahora sería una niña desayunando con el cuervo

que se ha incendiado por mi culpa. Bajé y le dije al conserje que me iría esa noche, lejos. Y que no volvería.

“Pero usted tendría que avisar con anticipación” y frunció el ceño, ignorando mi petición de irme. Aquel hombre solo vió locura en donde yo pedí ayuda.

Avergonzada, le dije que estaba terriblemente enferma, y que hablaríamos más tarde.

Volví a mi piso y me acosté en mis tinieblas, y al despertarme, era de noche. Caminé como una niña espantada a lo largo de mi departamento, y me encontré una carta en la puerta.



“Supongo que le tendré que recitar las poesías en la noche” - Julio

Mujer triste lo vi, pero orgullosa me dije, que el *Show* debe continuar.

Esa noche lo vi en el rincón, fumando, y buscándome con sus lentes entre la gente borracha. Pero mi yo de ese momento no era quien quería que conociera, así, de esta forma, soberana y grotesca. Quería que volviera a aceptar a la mujer solitaria de las mañanas, vulnerable y pequeña en el mundo, y que aun así, me tuviera respeto. Miedo y atracción, es mi personaje. Necesidad y miedo, es quien soy. Pero son mis tacones de babel, y mi prepotencia, quienes protegen de mí. Si nadie ha de amarme, me temerán mientras desean de mí, pensé. Y así fue.

Baila Julio, baila. Mes maldito, mes siniestro. Hoy me he de esconder tras las luces violetas, y tu visión vampiresca no podrá encontrarme. Busqué entre los hombres, y encontré con quien desquitarme.

“¡Baila hombre! habita mis instintos” le susurro, en la hondura roja de su estada, hombre siniestro, hombre caído. Ofrendo en su selva la miel de mis orgasmos.

“¿Tienes hijas?” le digo, tratando de provocarlo.

“En la mente de mi mujer, en los restos de nuestras orgías” me responde mientras le da una calada a su cigarrillo, y me atraviesa con la mirada. Su cara se teñía con las luces.

Fingí risas. Pero su aliento a verdugo me encandiló, me torció en tonalidades bruscas, y perversas. Érase el señuelo del fondo, Julio ¿Seré ama o esclava hoy?

El bar se fundió en mi mente con sus perfumes mezclados, y sentí los vestigios de mi infancia, la que olía a destilado. Dialectos y silencios, los que me creé en mi mente durante ese tiempo.



Entonces, envolvió mi cuello con su aliento de azufre. Su boca habló, pero yo solo escuché la voz de Julio.

“La belleza justifica tu existencia, hija de mi placer” y el eco de su voz inundó mi ser.

Mi mente se trenza a Julio, y en todos aquellos hombres, solo veo a uno.

Acostumbrada a sus brisas, seguí deslizándome entre el rojo de su estada, hasta reventar mi alma contra su carne. Encendí un cigarrillo para acompañarlo.

“Soy la primogénita de tus instintos, la huella en la que se extinguirá tu estadía” y el humo de mis labios rozó su rostro.

“Tenemos a una poeta” me dijo riéndose, y su voz encandiló mis alucinaciones. Miré a Julio en el otro lado, solitario y estúpido.

Uno, dos, seré ama o esclava hoy?

No te acompañará, no te acompañará, sonaba en mi cabeza.

Julio, hombre siniestro, hombre caído. No sé quién eres ni qué quieres, pero sé que mi fiel carroñero eres. Y hoy, he decidido, quemarme contigo, en una muerte lenta, dando pasos lentos y hambrientos, hacia nuestro eterno tormento.

Se te olvida querido, que yo también soy carroñera. Y que yo también sé bailar para seducir. Y que en círculos me deslizaré con mis alas, en el antro de viejos jabalíes, hasta llegar a ti.

Miré al hombre, grotesco y lascivo, sentado con su cerveza y a sus sienes me acerqué y le susurré.

“Sabes” le dije. Y tomé su cigarrillo y me lo coloqué en mis labios.

“Sé que el mayor golpe para un hombre es la soledad, y tú no solo te acercas cada día a la muerte, sino que te acercas solo, pero acompañado de mujeres como yo, que no te mirarían sin un par” y el eco de mi risa inundó el salón. Embriagada era yo, en poder. Soberana era, reina del palacio, y me deslicé desnuda entre la multitud.

Julio, mes del poder, mes de la soberanía. Pero reinar tiene un precio, y yo no lo conocía. Pero he de entregarme al infierno, y esta vez será acompañada.

Julio, niño solaz, eres tú quien ha besado mis espinas, y ha decidido sangrar en ellas. Eres tú, quien se balanceará conmigo y los columpios, para construir nuestro reino de soberanía. En donde la niñez ríe, y la entropía baila.

Me quito mi peluca, y la habitación se mezcla entre columpios infantiles, y me balanceo mientras pienso en ti. Abro la ventana, y su suave aroma destella en mí tu olor. Miro las luces, y me abruma. Me miro orgullosa, pero no deseo continuar el *Show*. Ven a buscarme, me digo. Deseo, pues ingrata y soñadora, nuestro piso y un gato, desayunos y caricias, un amor que me haga olvidar todo.

Observo mi honda habitación y entre tinieblas, empiezo el vals. Los fantasmas del antro me persiguen, pero orgullosa, empiezo mi baile en descenso, hacia aquellos cuerpos muertos que habitan en mí. Doy un paso hacia afuera, y la ventana tiembla. Un buitre negro planea bajo la virgen luna, observándome con la misma paciencia con la que yo te espero.

Mi cuerpo se siente liviano, y mis pies apenas tocan el suelo. Así se siente bailar desnuda frente a las tinieblas, pero acompañada.

He decidido llamarte, y esta vez fundirme en tu suave dialecto, aquel que ningún jabalí puede mostrar. Porque el amor de un hombre debe acompañarse de amor maternal, todo lo demás, es una perversa alucinación.

Hija, soy de hienas, jabalíes y toros que se alimentan de mí.

Primogenita soy, del lúgubre carroñero, que ha decidido ser mi compañero.

